

Por [Rubén Martínez Villena](#)

I

¡Te amo...! A tu lado, o en tu ausencia; en la realidad o en el sueño; en la intimidad del rincón amable o ante el formidable arrullo del mar; en la noche lunada o negra y punteada de estrellas interrogadoras; en el momento maravilloso y tierno del amanecer; en el estupor meridiano del día o en el pensativo crepúsculo de oro...

En todo los sitios y a todas las horas te he dicho ya las palabras que creí no iba a pronunciar jamás.

II

Tu amor irrumpió en mi vida como se cuele una ráfaga por la ventana abierta. Todos mis papeles se alborotaron y en un vuelo de espanto se deslizaron bajo los muebles y hacia los rincones.

¿Qué has hecho, revoltosa?... ¿Cómo penetras sin permiso?... No quieres irte. He cerrado cuidadosamente la ventana y no te dejaré hasta que arregles lo que desordenó tu travesura. ¡A ver si recoges aquel recuerdo mío y me traes esas cuartillas de la historia triste, y el cuento ese que aún no he terminado, y aquella esperanza que germinaba bajo mi frente cargada hace unos instantes por estos pensamientos que han quedado aquí, a

mis pies, trucos y revueltos! ¡Qué maremagno has ocasionado con tu entrada! ¡Anda, obedece!...

Y mientras te digo todo esto, tú estás ahí, de pie en el medio de mi alma, con mi más vieja tristeza bajo el tacón de tu zapato, diciendo a mi severidad con una sonrisa divina:

—Indudablemente, nada hay más descortés que un rayo de sol...

Y lo peor del caso —¡atrevida! — es que, pareces muy satisfecha de que haya cerrado mi ventana.

III

Tú dices que eres triste. Yo sé que comprendes mi tristeza. Pero a pesar de ti misma, tú eres alegre, alegre como la luz, como la flor, como el trino. Lo raro es que tu alegría es producida por mi amor. Proviene tu alegría del amor del hombre taciturno, obsesido por el Misterio y por el Arte, envenenado por la Filosofía y por el mundo.

Como yo conozco ese milagro, temo que se produzca en mí. Temo el contagio de tu celeste y poderoso júbilo.

¡Oh amada! No me arrebatas tu alegría lo que me enorgullece y me define. ¡No vuelva el tiempo ingenuo de la poesía meliflua y desastrosa! en mi gravedad de crepúsculo tendré, para ti sola, luces y flores y trinos. Pero mi ternura sabrá mecer tu jovialidad de niña en un columpio de arrullos.

IV

Será un día cualquiera... Habrá rostros graves y rostros sonrientes. Todo ocurrirá como en un sueño y tú no sabrás qué pasa... Tu alma será una dulce angustia y una expectación de aurora.

—¿Por qué me visten así? ¿Por qué me coronan de flores? ¿Por qué lloran y ríen? -me preguntarás. Y yo permaneceré silencioso, para no romper con mi voz el sonambulismo del momento.

Pero cuando las amigas te hayan estrujado, cuando te hayan quitado los polvos a besos, cuando tú también derrames una lágrima límpida, entonces, rodearé tu cintura con mi brazo y te diré una palabra:

—Vamos...

V

Puedes venir desnuda a mi fiesta de amor yo te vestiré de caricias. Música, la de mis palabras: perfume, el de mis versos, corona, mis lágrimas sobre

tu cabellera. ¿Qué mejor cinturón para tu talle, qué cinturón más tierno, más fuerte y más justo que el que te darán mis brazos?... Para tu seno, ¿qué mejor ceñidor que mis manos amorosas?... ¿Qué mejor pulsera para tus muñecas que las que formen mis dedos al tomarlas para llevar tus manos a mi boca?...

Una sola mordedura, cálida y suave, a un lado de tu pecho, será un broche único para sujetar a tu cuerpo la clámide ceñida y maravillosa de mis besos...

Puedes venir desnuda a mi fiesta de amor. Yo te vestiré de caricias...